

LOS PP. GERVASONI Y CATTANEO

Señor doctor don Vicente G. Quesada.

Señor y amigo mio:

Le remito en cumplimiento de mi promesa anterior, dos de las cartas del P. Cattaneo y una del P. Gervasoni, que completan las que usted comenzó á publicar en la *Entrega 30 de la Revista de Buenos Aires* (1). Creo que ésta es su primer traducción española, y aunque la hice con distinto objeto, me apresuro á ponerlas á disposición de usted, pensando que son documentos, sobre cuya utilidad histórica no podría sublevarse una duda razonable, dado el giro impreso en nuestros días á este linaje de estudios.

Todos ellos se refieren al estado de la sociedad colonial en el primer cuarto del siglo pasado, así las que estudian directamente el aspecto de Buenos Aires y de Córdoba, como las que consignan observaciones de viaje y noticias relativas á los medios de comunicación en Europa, y á la viabilidad fluvial y terrestre del país. Son el retrato tomado del natural de la fisonomía física de la colonia. Al estudiar, además, la situación de nuestras poblaciones en punto á embellecimientos artísticos, fuerzan á entrar al lector, en las condiciones contemporáneas del trabajo y de la industria, tópicos de observaciones económicas que afectan lo más vivo de la sociabilidad. Revelan á la par curiosos detalles de las costumbres, que concurren á habilitar nuestro juicio para internarnos con nueva luz en los problemas históricos de aquel período, en el cual es preciso des-

(1) Véase la *Revista de Buenos Aires*, T. VIII, p. 200, 214, 372 y 561; T. IX, p. 63; T. X, p. 161 y T. XI, p. 312.

cubrir los síntomas de la vitalidad de la remota comunión de nuestros abuelos. Sin menoscabar en lo mínimo el imperio de la libertad moral, y de las influencias extrañas que, poniendo en contacto por inesperadas emergencias, el espíritu atrasado con los resplandores del hogar ajeno, infiltran repentinamente esperanzas y creencias en el corazón de los pueblos, con la encantadora sorpresa de una revelación: sin menoscabar, digo, la realidad y la eficacia de ambos fenómenos, importa estampar en el ánimo la convicción de que la historia de un pueblo es un fenómeno armónico, cuyos elementos, esparcidos en el tiempo y en las escalas del progreso, tienen afinidades naturales y atracciones recíprocas que les imprime un carácter irrevocable de uniformidad.

Por manera, que el hombre serio que aspira á apoderarse de los secretos históricos de un pueblo, y dominar su genio y resolver los problemas de su destino (noble y altísimo objeto de la historia) debe explorar cuidadosamente sus rumbos, analizar los resortes de su vida y leer, por decirlo así, las pasiones que lo han perturbado los vicios que lo tiranizaron, y las ideas que germinaban en su espíritu, retemplando ó relajando su nervio.

Este método histórico es hoy una escuela, cuya bandera flamea con honor en la mano de lord Macaulay; y bueno es hablar de métodos en nuestro país, donde nos ahoga la superabundancia del empirismo, sin recordar que el método es á las ciencias, como el lenguaje al raciocinio, quiero decir, su gran auxiliar y su envoltura indispensable. Fuera del método está el paralogismo; y creo, que el que sacude sus trabas, se lanza en la imbecilidad ó en el sofisma, con la rapidez de un cuerpo desequilibrado.

La observación aplicada á la historia y la filosofía de la historia, es la fórmula inicial del método en la escuela moderna. Entre los elementos de este sistema figura con decoro, el estudio de las intimidades de la vida social, y los más menudos detalles de la civilización, bajo sus infinitos aspectos, ya en la fisonomía material de las ciudades y de las campañas, ya en los rasgos característicos de las costumbres y de los hábitos, como en la tendencia de los estudios, ó en la forma peculiar de la administración.

Voltaire percibió en errada perspectiva la eficacia de

este recurso y aglomerando la maledicencia contemporánea al rededor de los personajes, hizo perder á la historia su grave dignidad, constituyéndola en propagadora póstuma de la chismografía menos tolerante y benévola. La historia es la justicia de la posteridad y cae mal en los labios de la musa severa un lenguaje indecoroso, que en el juego contemporáneo es fulminado por la repugnancia común y herido con un mote injurioso, que aísla al que lo merece por la repulsión de la inmoralidad y de la desconfianza. El historiador no puede descender al papel del *murmurador*. La moral es siempre una.

Pero aun bajo el punto de vista de los vicios privados, la historia tiene su alto ministerio, siempre que se contenga en su altura y se guarde de descender á las cloacas. Eso que se llama la *comedia humana* tiene su poderosa influencia en los acontecimientos. El secreto consiste en no entrar tras de los telones. Las costumbres reflejan el lago en la esfera circunscripta de un espejo: manifestando el conjunto y velando los detalles.

Con mayor razón es noble y digno de la historia, que no debe revestir las vaguedades ideales de la epopeya, el examen de cuanto afecta á la civilización sin herir las pudorosas y santas delicadezas de la moral, ni el respeto, que profesamos á la reputación de los vivos, y que no falta quien se incline á perder cuando se trata de los muertos. Los misterios del sepulcro, y la unción de las almas en la inmortalidad, deben sin embargo, fortalecerla tres veces ante el criterio de los hijos, frecuentemente irreflexivo ó preocupado.

Mas no hay ni peligro ni bajeza, repito, en desprenderse de esas fórmulas magistrales y caprichosas, en que con las revoluciones del progreso científico se ha perturbado la comprensión de la historia, para entregarse, sin perder de vista el norte del pensador, que es su principio social y su sentido moral, á observar en análisis las diversas estaciones de un pueblo en la carrera compleja del progreso. Por el contrario, creo que este método es la llave maestra de las soluciones históricas, y agrego, que todo es útil para ayudarlo, y señaladamente los documentos que contienen la impresión de los contemporáneos y la relación exacta del modo de ser doméstico, digámoslo así, del pueblo que se estudia.

Las modas! los trajes! cuestión para mujeres y para

necios, se dice. En efecto, cuestión para mujeres y para necios cuando se habla de seguir anhelosamente sus movimientos, á fin de no retardarse en caer bajo la servidumbre de los sastres de Paris. Pero no temo afirmar, que los trajes y las modas tienen su utilidad de aplicación práctica en los estudios históricos. El vestido severo y uniforme de los romanos ¿no es natural en el genio de un pueblo belicoso, austero y nada preocupado de las exterioridades personales? Quitémosle el chiripá al gaucho y amarrará su caballo en el palenque. El español del reinado de Felipe IV, vestido rigurosamente de negro por el capricho de su señor es el súbdito que ostenta envanecido la librea de su servidumbre. El caballero de la edad media, robusto como el Cid, lleva sus enormes armaduras, su cota de metal, el casco de las batallas, y la espada que apenas soportaría la fuerza del hombre moderno.... Su vestidura lo indica.....

«Sus arreos son las armas,
Su descanso es pelear,
Su cama las duras peñas,
Su dormir siempre velar.»

Galante y valeroso como Quiñones, el caballero de aquellos tiempos, deja sus trajes guerreros para ceñir los vestidos pintorescos y el sombrero de plumas, que lo adornan en la fiesta. Ved ahí un carácter y una época. El quijotismo sin yelmo y la galantería con frac, son dos anacronismos y dos falsedades. Miremos más cerca de nosotros. El Perú normalizaba sus condiciones mercantiles, cuando á principios del siglo abandonaron sus damas el *aro* y el *faldellín*, cediendo á la presión de las modas europeas, que las invadian por los confines del Río de la Plata. En el Paraguay subsiste el *tipoy* de los buenos días, *reheguá* y *caray*. En el mundo civilizado la febril actividad de la industria, desnuda á los hombres todas las mañanas para vestirlos con distinto traje por las tardes. Todo esto es característico, y lo aduzco para demostrar que ni aún este sintoma, por ventura el más trivial de cuantos revelan la civilización de un pueblo, es inútil en el estudio íntimo de los progresos sociales.

¿Quién negará entonces la justa importancia que debemos dar á los detalles que se rozan con las costumbres de nuestros antepasados, ó con la viabilidad del

territorio argentino hace más de cien años, cuando es este un problema, que afecta la raíz de la nacionalidad, y concurre á explicar no escasa porción de los tropiezos que ha encontrado su desarrollo?

Nombré antes, á propósito de este elemento de un método, á lord Macaulay. Permitame Vd. que insista. ¿No encuentra Vd. en aquel admirable capítulo «Estado de la Inglaterra en 1685» (1) la clave de todas sus soluciones, el principio vivo de la historia posterior del pueblo de la Magna Carta, de la fiebre manufacturera, de la idolatría de la tradición, del jurado y del *privilegio del clero*?

Macaulay no ha desdeñado nada, ni las últimas minuciosidades, ni las costumbres de Westminster Hall, ni los pantanos de Londres, ni el café donde acudía la muchedumbre á escuchar las críticas de Dryden, ni el alumbrado de las calles, ni las raterías de los *hermanos blancos*. Por eso comprende la historia y trasmite su sentido en fórmulas, que parecen talladas sobre mármol.

No me detendré más, amigo mío, hablando de cosas que sabe Vd. mejor que yo, ni tomaré empeño por demostrar la aplicación directa, que puede darse con utilidad común á las *cartas* adjuntas. Me refiero á generalidades, y sólo insistiré en esta idea principal: los detalles que consignan una estación del progreso social, en cualquier sentido, son un elemento poderoso de juicio en el método de observación aplicado á las ciencias históricas.

Yo no sé si podría decirse que las sociedades tienen un destino, pero sí que la historia tiene su armonía. No creo que haya un fatalismo para la colección y una libertad para el individuo, porque es absurda la duplicidad metafísica que semejante máxima supone; pero sí creo, que las evoluciones de la libertad individual y social están sometidas á la ley moral, que las amolda en sus términos generales, á la justicia, ó las vuelve á su seno cuando el capricho las aleja de ella; y creo también, que reside en la naturaleza humana una tendencia irresistible hacia el progreso, que nos hace desear lo mejor y nos aguijonea á fin de que

(1) *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jaime II*, Cap. III.

no reposemos jamás ni dejemos pasar los días vacíos, sin tarea ni adelanto.

De donde deduzco, que aquel pueblo que atesora la ley y la fuerza de los principios esenciales de la civilización, marcha por pasos contados en la senda de la perfectibilidad y que es posible y científico, partiendo de una escala dada, como premisa que se apoya en la observación, presentir sus movimientos y anticiparse á su progreso.

No se me oculta el fenómeno de las decadencias, pero su causa reside ordinariamente, ó bien en perturbaciones extrañas, ó bien en la explosión de la injusticia.

Los elementos de la historia no son simples, porque su resorte es la libertad.

Cuanto se llama progreso emana de la armonía moral.

Cuanto se llama aniquilamiento y muerte viene de su negación. La libertad, más bien que un derecho, es una facultad.

Por eso es arbitrario sujetar la historia á una fórmula de acero á la manera de Vico, el gran maestro de la *ciencia nueva*, ni amarrar la vida de los pueblos á un aforismo de Kant.

Un escritor contemporáneo blasonaba de haber encontrado una fórmula genérica, que le hace encerrar la historia en el hueco de la mano. Ilusión orgullosa! La historia necesita más que el mundo; porque su agente es el hombre, que abraza el universo visible, y siente el resplandor del invisible en el vuelo vehemente de su espíritu.

La historia no se desenvuelve con la lógica inflexible de una ecuación algebraica; pero sí con la armonía de las facultades uniformes de la criatura racional y libre.

Su fin es el progreso: su ley es la moral: su resorte la libertad. Luego el método histórico consiste en la observación, bajo la égida de un principio radical, criterio soberano de los hechos y de los caracteres, y el predominio sincero de la simpatía, sin ambages, sin equívocos, sin preocupaciones ni vanidades.

La observación se divide á medida que se multiplican sus tópicos: nada le es ajeno: nada debe escaparse á su análisis. A este método debe Macaulay sus victorias científicas.

Localicemos estas ideas y su evidencia será más palpable. Por esta razón he creído que los escritos antiguos que me han puesto la pluma en la mano, son de verdadera y práctica utilidad para nuestro país, como lo son los documentos originales abundantes y hábilmente arrancados al polvo y á la confusión de nuestros archivos y consignados en el *Registro Estadístico*, por el señor Telles, para ilustrar la economía primitiva de la colonia.

Usted dará toda su importancia, amigo mío, á las cartas en cuestión.

Por mi parte, estoy satisfecho con haberlas puesto en sus manos.

Una de ellas está consagrada á describir el viaje de Buenos Aires á Córdoba, como se hacia á principios del siglo pasado. Aquella travesía era una empresa erizada de obstáculos y de peligros. ¿Quién se atrevería á acometerla? De ahí que los cordobeses no viniesen á Buenos Aires, ni los porteños fuesen á Córdoba. Incomunicados los pueblos por las condiciones materiales de la viabilidad, era irremediable la dispersión argentina y el enflaquecimiento de las provincias, su consecuencia inmediata y natural.

Si conociéramos tan á fondo todos los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos resuelto las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian.....

Ordene usted, á su afmo. amigo y S. S. Q. B. S. M.

J. M. ESTRADA.

Enero 15 de 1866.

FIN

INDICE

	<i>Página</i>
Advertencia.....	V

CONFERENCIA I

Discurso de apertura del curso de historia de 1866

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CIVILIZACIÓN POLÍTICA EN LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA. Exordio. La libertad en América: El Nuevo Mundo, crisol y hogar de la libertad. Cuadro de la conquista. El pensamiento argentino: Hernando Arias de Saavedra, Juan José de Vertiz. Cuadro del Virreinato. El Consulado. El *Telégrafo* y el *Semanario*. Ideas económicas. Invasiones inglesas. 1810. Vicisitudes de la democracia en el periodo revolucionario. La idea unitaria y la idea federal. La revolución francesa. El Congreso de Tucumán, imitación de la Convención francesa. Error de los ensayos de organización. Guerra Civil. Tiranía. Constitución de 1853. La libertad. La tradición de nuestros vicios políticos: *socialismo* y *oficialismo*; abandono del sufragio y de la institución municipal; ejércitos permanentes; caudillos.